

# Un enigmático narrador en la guerra de secesión de los Estados Unidos, o Ambrose Bierce

JAIME GÓMEZ NIETO

Bogotá, 1958. Es licenciado en Español y Literatura y especialista en Administración de Informática Educativa. *Treinta poemas* (1989), *Arte, pasión y palabras* (crónicas sobre artistas colombianos y extranjeros) (2010), *El camino no termina* (2011) son algunos de sus libros. Fue finalista en el Sexto Concurso Internacional de Poesía de la revista *La Porte des Poetes*, París.

Ambrose Bierce tiene una historia particular, como todo escritor que se respete. De forma indefinida y en su condición de hombre de letras, Bierce va recogiendo información sencilla para poder escribir. Su universidad es la guerra. Nació el 24 de junio de 1842 en Meigs County, Ohio. Es un observador permanente desde sus épocas en Indiana. Su escenario creativo son los paisajes de Chattanooga, Chickamauga, Stones River, Nashville y Shiloh.

En 1861, se alistó en Norteen para luchar en la guerra de secesión, para ser un protagonista más y ser nombrado teniente segundo y primero a medida que esta avanzaba. Estos grados los adquirió por su participación en las batallas de Lookout, Mountain y Missionary Ridge. Pero este comentario no es para exaltar la vida militar de Bierce, sino para hablar del cuentista que escribe sobre las adversidades de la guerra y sobre cómo llegó después de esta al trabajo periodístico, para convertirse en una mezcla de extraño escritor.

Su libro *Historias de soldados* (en su título original, *Soldiers*) se podría ubicar desde varios puntos de vista: el paisaje de Virginia Occidental, Alabama del Norte, el estado de Georgia, la guerra en sí y la desgracia humana.

En *Jinete al cielo*, el paisaje no está ausente. Es una forma de supervivencia ante la mancha de sangre de encarnizados enemigos: los confederados de la Unión y las fuerzas federales. “La zona era boscosa por todos lados, salvo en la parte norte del valle, donde había una pequeña pradera natural a través de la cual corría un arroyo apenas distinguible desde la cima”. El protagonista, Cartes Druse, asesina a su padre desde una alucinación mientras descansa sobre unos matorrales; confuso estado de recuerdos que lo enredan con hechos de la misma supervivencia en el campo de batalla.

Algo diferente es *Un suceso en el puente de Owl Creek*. Peyton Farquhar es un civil que va ser ahorcado. Está colgado en la mitad del puente. Era un simpatizante de la causa sureña, político, rico, hacendado. Un día llega un soldado a su hacienda, agotado y mugriento, que le pide agua. Su esposa lo atiende con agrado. Este le cuenta lo que está pasando en el puente Owl Creek, pero, al despedirse, Farquhar duda. No sabe si este soldado es un espía. Farquhar termina colgado en el puente:

[...] mirando hacia el bosque a la orilla del río. Vio cada árbol por separado, vio las hojas y vio las venas de cada hoja, incluso los insectos posados sobre ellas: los

grillos, las moscas de cuerpos brillantes, las arañas grises que tejían telarañas de rama en rama. Percibió los colores irisados de todas las gotas de rocío que había en un millón de hojas de hierba. El zumbido de los mosquitos que danzaban sobre los remolinos de la corriente, el aleteo de las libélulas, las zancadas de las arañas de agua, como remos que alzarán el bote por los aires, todo eso componía una música audible. Un pez se deslizó bajo sus ojos y él alcanzó a oír el roce de su cuerpo al hendir el agua.

Y, así, el comandante declara que todo civil que traspase el puente será ahorcado. Al final, Peyton Farquhar está muerto, mecándose suave con el cuello roto de lado a lado en el puente de Owl Creek.

Bierce es un narrador de la guerra, un meticuloso descriptor desde el repetido paisaje, testigo de situaciones de lo que representó este hecho despiadado. *Un hijo de los dioses* es un cuento con un plan determinado: enfrentar al enemigo a partir de una fuerza superior, las armas.

Comandantes, oficiales, escoltas y soldados, todos en busca de la estrategia perfecta para vencer al enemigo. Ríos de

hombres, una colina espantosa, ruido de cañones, heridos, tropas de asalto y, una vez más, muertos innecesarios. Finalmente, un plan eterno para un plan divino.

Pero esta colección de cuentos continúa desde la tragedia. Cada uno es particular: es el caso de *Un desaparecido*, en el estado de Georgia. Es la historia de un soldado raso llamado Jerome Searing que, en pleno combate, huyendo del enemigo, cae en un hueco que es una trampa. Un desorden de escombros de madera, ramas, palos y hasta piedras caen sobre su cuerpo hasta dejarlo atrapado bocarriba. En la confusión de volteretas que da el soldado por el aire, su fúsil se desprende de sus manos y queda apuntándole.

Cualquier movimiento sería fatal. Unas intrusas comienzan a subirse sobre los pedazos de palos merodeando y curioseando. Solo su boca tiene movimiento para espantar las ratas y alejarlas del fúsil. Sabe que volverán para roerlo o que, quizá, el fúsil se dispare y la bala llegue directo a su cabeza. El tiempo pasa. Al cabo de unos días, un regimiento pasa cerca del profundo hueco donde se encuentra Jerome Searing,



mientras sus ojos se van apagando para siempre.

*Dado de baja en resaca* es otra historia en la pluma de Bierce. Es la historia de un héroe idiota en la batalla de Stones River que siempre se enfrentó al enemigo mostrando su cuerpo sin temor alguno o corriendo con su caballo de frente a las balas enemigas. Su grado era el de teniente y su nombre, Herman Brayle. Su coraje era diferente al de los otros soldados del regimiento de Ohio. Cada cual era valiente a su manera.

Su cuerpo parecía volar por los algo-donales, en los bosques de cedros cerca de la carrilera, donde no se puso nunca a cubierto. En otras palabras, siempre se exhibió en las batallas. De tanto jugar como un negligente le llegó la muerte. Lo rescataron de entre un montón de cuerpos caídos con la poca sangre caliente que le quedaba. Era un cuerpo tiroteado entre el desgano. El capitán dio la orden de que cada soldado tomara alguna pertenencia y se la llevara de recuerdo.

A un amigo cercano le dieron una especie de estuche plano con unas cartas. Dentro de este se destacaba una dirigida a la señorita Mendenhall. El soldado compañero de Herman Brayle llegó un día después de la guerra a donde la amiga de Brayle, en California, y le entregó la carta. Ella era una mujer refinada, culta y, sobre todo, hermosa que vivía en un elegante sector de Rincon Hill.

Él tuvo curiosidad: un soldado teniente con el atrevimiento de exponer su vida de semejante forma y, además, dejar una relación misteriosa con Marian Mendenhall... Ante el encuentro y la presentación del antes soldado, ella no se sorprendió para nada. Su fina mirada no se inmutó, y lo escuchó siempre con respeto. Era indiferente a lo que la rodeaba.

El antes soldado terminó hablándole del teniente Herman Brayle. “Entre sus

cosas estaba esta carta”, le dijo. Cuando la tuvo entre sus manos la ojeó. Al comienzo, detenidamente, pero después asumió la actitud de no importarle. Sin embargo, al notar la mirada fija del soldado, se sonrojó y se convirtió en una persona amable que le dio de forma educada las gracias. Entre tanta diplomacia le preguntó despectivamente sobre la muerte de Herman. Dándose cuenta del desinterés y la indiferencia, pensó que no tenía sentido hablarle de la forma trágica como había muerto el teniente Brayle ni de su heroísmo. Le respondió “lo mordió una serpiente”.

Es notable que sus cuentos solo describen el horror de la guerra. En *El caso de Coulter's Notch*, un capitán prefiere morir con su familia en el sótano de su antigua casa ante la mirada de un regimiento. En *El golpe de gracia*, aparecen dos hermanos: el sargento Caffal Halcrow y el mayor Creede Halcrow. En confusas circunstancias en el campo de batalla, antes de morir ven como un soldado es atravesado por una espada en el corazón. Un hilillo de sangre que serpentea es la última prueba de vida entre las ropas destrozadas.

El libro culmina con una serie de cuentos llenos de curiosidad. *Parker Adder-son, filósofo* trata de un prisionero que pronto será ejecutado, no por espionaje, sino por averiguar datos. En *Historia de una conciencia*, un aparente civil pasa ante las tropas enemigas con indiferencia, un oficial nota algo raro en él y lo hace llamar. Después de un interrogatorio, el civil termina diciendo que es un espía confederado y un prisionero de ellos con toda tranquilidad.

*Un tipo de oficial* es un cuento sobre el no saber nada y el recibir órdenes. Abren fuego, pero en el fondo cada cual lleva una sabiduría más honda que la simple suma de todo lo que sabe. *Un oficial, un soldado*. Un ejército está en línea de batalla y a la espera de un ataque, pero los hombres que

no combaten nunca están listos. Tantas cosas, para saber que el capitán Graffenreid no había visto en su vida a un enemigo armado.

*George Thurston* es un cuento curioso desde el punto de vista de un narrador en primera persona que va contando con detalles los acontecimientos en el campo de batalla. No se sabe si Bierce es el mismo narrador, que es lo más probable, o si simplemente todos los acontecimientos de la guerra buscan un narrador.

Un día, Thurston, cansado de la guerra, quiso demostrar muchas cosas. Por ejemplo, que la vida en la guerra no tenía valor y que si recordaba algo de la niñez podría ser feliz. Su mirada se detuvo en un columpio sostenido en el vacío de un espacio alimentado por el viento. Como un niño, el teniente primero George Thurston se dirigió al columpio y se sentó con una ligera alegría de peligro. De inmediato el balanceo fue creciendo y, en un instante, Thurston voló sin prejuicio por los aires. “Una pierna, doblada bajo el cuerpo, estaba rota más arriba de la rodilla, y el hueso se había clavado en la tierra. Tenía reventado el estómago, regada las entrañas. Se había desnucado. Apretaba los brazos cruzados sobre el pecho”.

*El sinsonte* es un cuento extraño, en el que se quiere decir que el heroísmo también es un acto de cobardía. Las guerras son cementerios móviles entre ese heroísmo y cobardía. Lágrimas llenas de pesar salen de ojos confusos que no quieren cerrarse. La naturaleza es un escenario infinito para la muerte. Toda guerra necesita un paisaje, la luna llena, los luceros de la noche, el sol luminoso y hasta los lodazales que se forman en época de invierno. Ahí está el sentido de la guerra, ella se alimenta de la sangre inocente de soldados de los dos bandos.

Bierce muestra un panorama desolador que no respeta la condición huma-

na. Deja ver el misterio de un mundo sin esperanza, de un mundo real y cotidiano: la muerte. En uno de sus cuentos, Bierce plantea que “el acto de morir bien puede ser muy desagradable para quien no ha perdido la capacidad de sentir”. Es una ironía que los grandes honren a los grandes. De alguna forma, el ser humano siempre quiere ser reconocido, aunque haya vivido de forma humillante más por su heroísmo que por su dolor.

En la guerra, la vida tiene diversas formas. La muerte pasa por una bala, un sablazo, un cañonazo que perfora la misma existencia, y el espíritu se avergüenza de las formas miserables de la vida. O por fusilamiento. Pero también por ser ahorcado, acto propio de las leyes antiguas para ciertos imbéciles que defendieron causas inútiles.

Los personajes de Bierce están dentro de estas circunstancias. Difícilmente sobreviven porque las armas de un ejército comparten su desaliento. Los cadáveres son criaturas inservibles. El resto del ejército no quiere estar en el lugar de esas expresiones teatrales, confundidas con la indolencia de la tierra. La tierra es justa, amable y cruel.

Estos personajes no tienen oportunidades. La expresión “dados de baja” es un triunfo para el orden político. Solo queda el aliento de la fresca mañana de la cabeza levantada hacia arriba, en el silencio de la noche y la espesura y el ruido ensordecedor de uno que otro cañonazo. Los enemigos de la imaginación pueblan raras malezas para tener motivo y disparar. El sentido instintivo es una virtud en la guerra.

En su cuento *El sinsonte*, se advierte cierta incertidumbre de forma inverosímil. El soldado raso Grayrock, del ejército federal, después de descansar a la sombra de un árbol dispara contra algo. Emociones vanas lo confunden. Regresa al campamento para recibir nuevas órdenes. Piensa en algo que

Bierce muestra un panorama desolador que no respeta la condición humana. Deja ver el misterio de un mundo sin esperanza, de un mundo real y cotidiano: la muerte. En uno de sus cuentos, Bierce plantea que “el acto de morir bien puede ser muy desagradable para quien no ha perdido la capacidad de sentir”. Es una ironía que los grandes honren a los grandes.

no lo deja tranquilo, quiere saber por qué disparó. En ese momento, desea volver al sitio y observar el lugar para encontrar respuestas. Disparar sin razón significa algo. El soldado Grayrock vive agotado, el descanso en la guerra es una ilusión.

Después de recibir las indicaciones para volver al puesto de centinela, se queda de nuevo dormido cerca del árbol del incidente de los disparos. El sueño aparece como una revelación. Las imágenes son claras. Recuerda su niñez: una región a orillas de un gran río, altos barcos de vapor que lo navegan, carreras con un hermano gemelo para observar la llegada de esas embarcaciones; en la carrera desordenada, recogían manojos de menta hasta subir unas colinas y observar el gran paisaje. Al otro lado del río quedaba el Reino de la Conjetura. Pero al sur podían ver, a

la distancia, otra región llamada la Tierra Encantada.

Unidos de la mano y del corazón, los dos hermanos recorrían senderos de paz y luz entre días dorados. Un sonido melodioso se escuchaba, la emotiva melodía era la del sinsonte. Dicha melodía bendecía el espíritu del espacio. El alegre pájaro no descansaba en su oficio de músico. Esa melodía parecía ser el alma del paisaje, era la sensación de sentir e interpretar los misterios de la vida y del amor. El sueño terminó bajo un conjunto de lágrimas y confusión de sombras.

Seguía dudando porque estaba seguro de que le había disparado a alguien. Él estaba guiado por un sentido instintivo del blanco. Era el rey del tiro en tres ciudades y esto lo convertía en un soldado confiable. Sin embargo, quería llegar hasta las últimas consecuencias. Si era posible, no le importaría ingresar en el campo confederado para averiguar a quien le había disparado. Tenía que encontrar a ese hombre muerto entre matorrales o arbustos. ¿Quién sería?

El sinsonte salía de entre espesas arboledas para posarse de forma visible sobre algún tronco desnudo y emitir un conjunto de trinos convertidos en melodías divinas venidas de los cielos galantes donde hay vida, y como una criatura de Dios terminaba alabándolo. El hombre, agotado, se detuvo, descargó su rifle. Observó al ave con respeto y admiración. Un sentimiento profundo y desconocido lo embargó, se llevó las manos a los ojos y se puso a llorar. De forma inmediata, se calmó, se inclinó, recogió el arma y decidió continuar su camino.

Al pasar por una brecha, vio dentro de ella un uniforme botado con una gran mancha de sangre hacia la parte del pecho, yacía con indiferencia y como síntoma de muerte. Un rostro pálido se perdía en el tiempo olvidado, todavía tibio engañaba su presencia entre la vida y la muerte. Era

John Grayrock con una bala en el pecho. El soldado William Grayrock cayó de rodillas al piso y miró con desgracia esa insigne obra de la guerra civil. El sinsonte calló su melodía hermosa y revoletó confuso y volvió de forma nerviosa a lo alto del ramaje.

Y, como lo dice Bierce, “bañado en la gloria roja del poniente”, el pájaro “voló en silencio por los majestuosos espacios del bosque”. Así, Bierce cuenta de forma triste la desaparición de un soldado más en la guerra de secesión de los Estados Unidos: “Cuando esa noche llamaron a lista en el campamento federal, el nombre de William Grayrock se quedó sin respuesta... y no volvió a tenerla nunca”.

Ambrose Bierce, dentro de una historia real de su vida, soldado, periodista y escritor, no establece diferencias para contar y hablar de la condición humana. Es un hombre que experimentó la guerra y del

cual, cumplidos los setenta años, nunca se volvió a saber nada de él, en 1914.

Un escritor consagrado con una obra compleja, poética y humana es lo que se encuentra en cada cuento suyo: dolor, angustia, sangre y desesperanza. La guerra como un escenario y material para la inspiración. Su poética es una búsqueda constante dentro de la forma narrativa. Un universo curioso de figuras literarias fluye entre una rara condición libertaria de escritor.

En su país, algunos críticos le dieron más el carácter de periodista que de escritor. Pero es gracias al periodismo como Bierce se fundamentó para convertirse en narrador con una técnica y un estilo particular y personal que demuestra en su obra literaria una proyección en una línea del tiempo. *Historias de soldados* es una colección de cuentos necesarios en la historia de la literatura universal, así de sencillo. ■

